

su triunfo, hecho Esteban su prisionero en la batalla de Lincoln, que el conde de Gloucester le habia ganado. Pero esta princesa no gozó largo tiempo de su prosperidad, perdiendo por su altivez y su dureza lo que solo habia adquirido por la imprudencia de su competidor. Esteban habia recobrado su libertad. El descontento de los grandes, y la aversion del pueblo, indignados del menoscabo que la nueva soberana hacia de ellos, le proporcionaron un partido poderoso que le volvió á colocar en el trono, en donde Matilde apenas habia tenido tiempo de sentarse. Esteban, enseñado por las adversidades, se condujo con tanta prudencia y circunspeccion, que en poco tiempo volvió á atraerse todos los corazones. Sus últimos dias fueron tristes por la pérdida del príncipe Eustaquio, su hijo, á la edad de 18 años, á quien habia hecho coronar y reconocer por su sucesor. La muerte de este príncipe inspiró al joven Henrique Plantageneto, hijo de Matilde, el designio de resucitar los derechos de su madre; y la guerra civil iba á reproducirse con mas viveza que nunca: pero los obispos mediaron entre Esteban y este nuevo competidor, quedando resuelto que Esteban adoptaria á Henrique, y que él reynaria mientras viviese. Murió en 1154. Por este medio la corona pasó tranquilamente de la familia de Guillermo el Conquistador á la casa de los Plantagenetos, que dió una larga serie de monarcas á la Inglaterra.

Henrique II habia recibido la mejor educacion que se podia dar á un príncipe en el siglo en que vivia. Su reynado comenzó con los anuncios mas felices, y los ingleses esperaban que reynase con sabiduría y con gloria. Ya se habia adquirido una gran reputacion por el arte de la guerra, y anunciaba con las brillantes prendas que constituyen los héroes el sólido mérito, la madurez de juicio y la política ilustrada que forman los grandes reyes. Hubiera llenado mas bien las esperanzas de los ingleses, si hubiese sido ménos impetuoso en sus pasiones, ménos absoluto en su voluntad, y ménos pronto á irritarse contra los que le hacian alguna oposicion. Todos sus males y los de su pueblo provinieron de aquel carácter fogoso, de aquella propension al despotismo que jamas supo contener en los justos límites. El ímpetu de sus primeros movimientos, junto con una ambicion desmesurada, le arrastró muchas veces mas léjos de lo que queria ir, haciéndole cometer una in-

finidad de faltas de que se arrepintió tarde casi siempre. Así por espacio de 30 años que reynó sobre la Inglaterra, casi estuvo en continua guerra y agitacion.

Las funestas discordias de este príncipe con Tomas Bequet, que de canciller del reyno habia pasado á ser arzobispo de Cantorberi, y por la preeminencia de su silla primado de la iglesia de Inglaterra, fueron la principal causa de los disturbios de que fué víctima todo su reyno. La inmunidad eclesiástica, que Henrique intentó anular y que debiera contentarse con restringir por medios prudentes y suaves, fué el origen de estas desavenencias. Tomas, respetable por sus costumbres, é interesante por la persecucion que padecia, halló acogida en Francia, y amigos en todos los hombres de bien. Su causa vino á serlo de toda la Iglesia; y quando fué sacrificado á los resentimientos de su soberano, que tal vez habia deseado su muerte, pero no ordenado, su santidad se manifestó por tantos milagros, que mirado Henrique como su verdugo, se hizo odioso á los ménos amantes de la religion. Despues de este suceso solo fué la vida de Henrique una serie de reveses y de desgracias opresivas. La guerra se encendió en sus estados por todas partes; sus hijos tomaron sucesivamente contra él las armas, y hallaron partidarios animados por el odio y el deseo de vengar sus personales injurias; los remordimientos y la vergüenza de pasar en el público por el homicida de un santo, le hicieron ir descalzo y en postura de suplicante al sepulcro de mártir, en donde recibió la penitencia. Algunos favorables sucesos le consolaron en medio de sus reveses; débiles chispas de su antigua gloria que en breve fueron eclipsadas por nuevos infortunios. El rey de Escocia habia sido batido y hecho prisionero; los príncipes rebeldes habian vuelto á su deber; se habia concluido la paz con Francia, y la calma parecia á lo ménos restablecida por defuera, en tanto que el despecho y el dolor despedazaban el corazon de Henrique. Mas Felipe Augusto empezó de nuevo la guerra, y Ricardo llegado á ser heredero presuntivo del trono de Inglaterra, abandonó á su padre uniéndose á su enemigo. El desgraciado Henrique visiblemente perseguido de la venganza del cielo, batido por todas partes, y desamparado de sus súbditos, se vió obligado á someterse á las mas baxas y duras condiciones para obtener la paz. El disgusto que le devoraba

no le dexó sobrevivir largo tiempo á este último golpe, pues murió en el mes de Julio de 1189 maldiciendo á sus hijos, y dudando si la posteridad le contaria entre los grandes reyes, ó entre los perseguidores de la virtud.

Ricardo I, á quien su valor intrépido y grandes hazañas hicieron llamar corazon de leon, llegó á ser rey de Inglaterra en 1189 por muerte de su padre Henrique II. La justicia y la beneficencia señalaron los principios de su reynado, que en el corto espacio de diez años vió los sucesos mas extraordinarios. El Asia fué por mas de dos años el teatro de su gloria y de sus triunfos. Despues que el entusiasmo y el gusto por las aventuras extraordinarias conduxeron á Oriente una multitud de héroes devotos y galantes á un tiempo, ninguno habia igualado en valor á este príncipe; ni habia obrenido victorias mas brillantes. Casi no le faltó un instante para ganar al paso el reyno de Chipre. Acre, una de las mas fuertes plazas de la Palestina, se vió abatida á su llegada; y otras muchas ciudades fueron conquistadas con la misma rapidez, ó se sometieron voluntariamente para evitar el furor de aquel príncipe que la resistencia hacia algunas veces cruel. En fin el héroe del Oriente, Saladino, á quien los príncipes christianos no osaban hacer frente, se vió obligado á reconocer en Ricardo un capitan mas hábil que él, siendo la victoria que alcanzó sobre el sultan la última de sus hazañas en Asia. Los desórdenes de que era víctima su reyno por la mala conducta de aquellos á quienes habia confiado el gobierno durante su ausencia, le llamaban á la Europa. No sabia que volviendo cargado de laureles hallaria cadenas, viéndose obligado á oprimir á sus súbditos para comprar su libertad. Vuelto en sí, y restituido á las funciones de rey, de que habia descuidado demasiado tiempo, encontró la Inglaterra exhausta de dinero y turbada por facciones; sin embargo, necesitaba dinero y tropas para sostener dos nuevas guerras, una civil contra Juan su hermano, y otra exterior contra Felipe Augusto. Mostró el mismo valor y pericia de que habia dado tantas pruebas en las demas expediciones: acababa de firmar las paces con Felipe, y sin duda se hubiera aprovechado de ella para reparar los daños de toda especie de que estaba su reyno oprimido, quando murió de resultas de una herida que recibió sitiando un pequeño castillo del Limosin el año de 1199

de edad de 42 años. Juan Sin-Tierra, su hermano, de quien hablaremos en el siglo XIII, le sucedió.

En España la diversidad de religiones fué en este siglo como en los precedentes un motivo perpetuo de guerras entre christianos y musulmanes. Esta parte de la Europa abundó mas que nunca de grandes príncipes y de héroes. Entre otros, quatro reyes de un mismo nombre hicieron la gloria de la nacion; y el terror de los árabes. Eran estos, Alfonso VI, rey de Castilla y de Leon; Alfonso I, rey de Navarra y de Aragon; Alfonso Raymundo, rey de Castilla, y Alfonso Henriquez, rey de Portugal al fin del siglo duodécimo, á los quales añade la historia á Sancho I, tambien rey de Portugal, despues de la muerte de Alfonso Henriquez, su padre. Todos estos príncipes se hicieron célebres por sus conquistas contra los moros, y por las repetidas victorias que hicieron perecer una multitud de infieles casi innumerable. Hubieran llegado al punto de arrojarnos enteramente de la España, si las discordias y los repetidos derechos que entre sí tuvieron que arreglar, no les hubiera hecho dexar de perseguir al declarado enemigo de la religion y del estado por volver las armas unos contra otros.

Mientras estas guerras nacionales se ocupaban los moros en reparar sus pérdidas, disponiéndose para rechazar los nuevos ataques que los príncipes christianos no tardarian en hacerles luego que los intereses que los habian dividido se concillasen. Quando los monarcas españoles se reunian contra los infieles, el poder musulmano se humillaba á su vista, sus plazas caian en sus manos; experiencia que les hubiera hecho conocer el precio de esta union, si el patriotismo y la religion hubiesen dirigido siempre sus miras, ó si los intereses personales no sofocasen todos los demas afectos, mas aun en los soberanos que entre el comun de los hombres. Continuaba el Africa en proveer de socorros á los sarracenos de España, y sus exércitos reforzados constantemente por estas nuevas reclutas, apenas se notaban las pérdidas que sufrían en los sitios, en las batallas y en los lances de ménos consideracion. El rey de marruecos era el aliado mas útil que tenían los mahometanos de España del otro lado del estrecho. Tenia siempre fixos los ojos sobre los sucesos prósperos ó adversos que interesaban á la nacion musulmana, y á la religion que los unia. No

contento con enviarles socorros, y venia algunas veces en persona con todas sus fuerzas á participar de sus riesgos, y combatir con su furor. Quando estas invasiones hallaban divididos á los príncipes christianos, los moros quedaban superiores causando muchos daños en los países que experimentaban el furor de su venganza. Pero quando los reyes españoles estaban unidos ó dispuestos á recibir el enemigo, tanto más completo era el triunfo de los christianos, quanto mayor la multitud de los infieles.

Se vieron algunas veces entre los gefes de las dos naciones, divididas por religion, intereses políticos, y alianzas que fueron el escándalo de la Iglesia, sin contribuir á la prosperidad del Estado. Reyes christianos se desposaron con princesas musulmanas (a). Seducidos de sus encantos y de sus caricias, llegaban á ser menos opuestos á los compatriotas de las que reynaban sobre su corazón por una pasión tan poderosa como la del amor. Por otra parte, estas mugeres extrañas llevando entre la familia de sus esposos las preocupaciones de educacion, el zelo del mahometismo y la inclinación tan natural y permanente que se conserva siempre por su patria y por la sangre de que estaban formados, era imposible que las casas en donde entraban no fuesen turbadas por estas uniones mal concertadas, ni sería raro que resultasen muchos inconvenientes por lo tocante al bien público. Una princesa mora hecha reyna de un pueblo christiano, no permanecía menos adherida á su culto y á su nacion; era, pues, natural que se aprovechase del ascendiente que la ternura de un esposo le daba sobre su corazón á fin de empeñarle por consejos artificiosos ó vivas solicitudes á executar lo que el interés del estado y de la religion condenaban igualmente. Además, de ahí nacia desconfianzas y zelos entre el príncipe y sus súbditos, cuyas conseqüencias eran siempre perjudiciales á la armonía que debiera haber reynado entre ellos para trabajar con buen éxito en el abatimiento de la potencia musulmana.

(a) No consta de la historia de España mas enlace con princesas musulmanas, que el de Don Alonso el VI. con la Zaida, que se hizo christiana, y de quien hicimos honorífica mencion en el tomo anterior, por lo que en honor de la verdad debemos decir, que las amistades que supone Ducreux, y demas reflexiones en el particular, son absolutamente arbitrarias y destituidas de todo fundamento.

Si hubo competencia y guerras entre los soberanos que reynaban en las diferentes partes de la España christiana, no habia ménos entre los pequeños reyes moros que se habian establecido en las mas bellas provincias de aquel rico país. Zelosos unos de otros, ambiciosos y vengativos, se armaban muchas veces, mas para destruirse que para oponerse á los progresos del enemigo comun. Ya se ligaban muchos á un tiempo con el designio de invadir las posesiones de un vecino que les hacia sombra, cuyos despojos venian á ser un nuevo objeto de discordia entre aquellos que habian concurrido á apoderarse de ellos; ya volvian á ligarse con los christianos contra su misma nacion, prontos á romper con ellos luego que con su ayuda obtuviesen lo que era el objeto de su ambicion, porque aquellas confederaciones mal combinadas entre enemigos naturales, no podian subsistir largo tiempo, ni tener favorables conseqüencias. Si los príncipes christianos hubieran conocido bien sus verdaderos intereses, jamas se hubieran mezclado en las desavenencias de los infieles; ántes bien espectadores tranquilos de las guerras civiles que entre ellos se encendian, suficientes para acarrear su ruina, hubieran aguardado que se hubiesen recíprocamente debilitado para acabar con ellos. Por falta de esta política ilustrada los príncipes christianos tuvieron que combatir largo tiempo con los musulmanes, y aun contribuyeron á la existencia de aquellos enemigos formidables que hubieran podido destruir bien presto.

En Suecia, en Dinamarca, en Rusia, en Polonia, y en Bohemia solo se vieron durante todo el curso de este siglo guerras obstinadas y sangrientas, rebeliones, matanzas, soberanos destronados y fugitivos; algunos príncipes belicosos que hicieron la guerra con buen éxito, y muy pocos que fuesen bastante sabios y bastante justos apreciadores de la verdadera grandeza para preferir la gloria de una administracion pacífica que hace el bien de los pueblos, á aquel vano esplendor que envanece á los conquistadores, y no dexa sino ruinas en su carrera. Hubo, no obstante, en el Norte monarcas, cuyos nombres merecieron transmitirse á la posteridad con elogio. Tales fueron en Suecia san Errico, que recopiló las antiguas leyes del país en un solo código, al qual añadió otras nuevas para proveer á lo que las antiguas no habian prevenido; que

abolió las costumbres peligrosas, y castigó los delitos con severidad sin excepcion de personas; en Rusia Wolomiro II. que reunió baxo su poder los pequeños estados que rodeaban el suyo, y que gobernó con una prudencia que se hubiera admirado en un tiempo de mas luces; en Dinamarca Woldemaro I. que poseyó todas las calidades de hombre grande y de héroe; que desvaneció los ambiciosos proyectos del emperador Federico, y sostuvo la dignidad de su corona, á pesar de las pretensiones de aquel príncipe emperador; que sometió los rugianos y vándalos; que echó los cimientos de la célebre ciudad de Dantzick, y vió comenzar baxo sus auspicios los de Compenhague, que despues llegó á ser la capitad del reyno.

La Bohemia continuaba formando una potencia considerable, y conservaba un notable ascendiente sobre las naciones vecinas: Sus príncipes, entre los quales hubo guerreros hábiles y valerosos, tomaron mas interes en los negocios de Alemania y en las revoluciones del imperio germánico, que los demas monarcas del Norte, siendo casi todos ó aliados útiles, ó enemigos formidables de los emperadores, y muchas veces obligando á aquellos monarcas tan poderosos y fieros á congraciarnos ó temerlos.

La Hungría se conservaba en la estimacion que la sabiduría y el talento de Esteban I. le habia adquirido. Tuvo en este siglo príncipes de un mérito distinguido, que no descuidaron del gobierno á pesar de las guerras que tuvieron que sostener contra los extrangeros, y de la atención que les exigia el carácter inquieto de los que aspiraban á turbar el estado por medio de facciones. Esteban II. venció á los búlgaros y á los griegos; combatió contra los venecianos, les quitó la Croacia, y puso limite á sus conquistas. Bela II, aunque privado de la vista, supo disipar los rebeldes que temian su resentimiento, ó querian aprovecharse de la debilidad con que le suponian. Mostró por el vigor de su espíritu y la sabiduría de su gobierno, que bastan los ojos de la razon para reynar próspera y gloriosamente. Geisa, hijo de Bela el ciego, fué en todo digno del padre que le habia engendrado. Ocupado únicamente en hacer feliz á su pueblo, reynando la justicia y el buen orden, no tomó las armas sino obligado á ello por vecinos inquietos y envidiosos. La victoria fué el premio de su valor siempre que le forzaron á hacer la guerra, impi-

diéndole su moderacion de llevar mas léjos sus ventajas quando halló á sus enemigos dispuestos á pedir la paz. El último príncipe que reynó en Hungría en este siglo, se hizo célebre por una accion de valor y de fortaleza, de que se hallan pocos exemplos en la historia: se llamaba Emerico. Aunque subió al trono con el unánime consentimiento de la nacion, tuvo un competidor en un hermano. Estaban á punto de llegar á las manos, y el ordinario furor de las guerras civiles daba ya señales de mortandad, quando Emerico por ahorrar la sangre de sus vasallos, se avanzó solo y sin armas hácia los rebeldes. Allí les habló con tanto vigor, favorecido de una figura tan noble y gallarda, que le rindieron las armas, y se hizo la paz entre los dos hermanos.

ARTICULO IV.

Estado del entendimiento humano, con respecto á las ciencias y á las letras.

En medio de las revoluciones que agitaron el imperio de Oriente, y que daban tan freqüentemente soberanos al trono de Constantinopla, las ciencias y las letras se conservaban siempre con vigor en esta capital. Si la servidumbre y la corrupcion habian hecho degenerar á los entendimientos; si el gusto habia perdido su delicadez y pureza; si se habian alterado las ideas de la verdadera belleza; se estimaban aun los buenos modelos, se les estudiaba con ardor, y se conocian sus gracias; y el idioma griego, aunque desfigurado por el falso ingenio, aun conservaba parte de sus gracias primitivas, siendo siempre la mas bella lengua, la mas rica, varia y armoniosa. Los sabios de Constantinopla y demas ciudades cultas del imperio griego, á quien la Europa debió despues la restauracion de las letras y el buen gusto, se miraban como los conservadores del sagrado fuego de las ciencias y del ingenio, de que solo habian llegado á las demas naciones unas débiles chispas. De ahí aquel menosprecio con que miraban á los pueblos del Occidente, á los quales no concedian ni amenidad de entendimiento, ni viveza de imaginacion, ni elegancia, ni gusto en el estilo, bien que no podian negarles alguna extension de conocimientos y erudicion.